

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

29

ENERO-MARZO

1948

I M P R E N T A U N I V E R S I T A R I A

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. SALVADOR ZUBIRÁN

Secretario General:

FRANCISCO GONZÁLEZ CASTRO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFIA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR - FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$7.00
Exterior dls.	2.00
Número suelto	\$2.00
Número atrasado	\$3.00

S u m a r i o

ARTICULOS

	Págs.
José Gaos	<i>El más allá.</i> (Fragmentos de un curso de metafísica.) 9
Eduardo García Máynez	<i>Justicia y seguridad jurídica.</i> (Discusión de la tesis de Gustavo Radbruch.) 43
Juan David García Baca	<i>E. Husserl y J. Joyce o teoría y práctica de la actitud fenomenológica</i> 53
Juan Hernández Luna	<i>Las raíces ideológicas de Hidalgo y de nuestra revolución de Independencia</i> 61
Patrick Romanell	<i>Un ensayo de naturalismo crítico</i> 81
José Almoina	<i>El erasmismo de Zumárraga.</i> 93

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

	Págs.
Eduardo Nicol	<i>Homenaje a Antonio Caso.</i> (Varios.) 127
Juan David García Baca	<i>Die Schule des Aristoteles.</i> (Fritz Wehrli.) 132
Juan David García Baca	<i>Essays in Science and Philoso-</i> <i>phy.</i> (Alfred North White- <i>head.)</i> 133
Juan David García Baca	<i>Wertphilosophie und Ethik.</i> (Robert Reininger.) 135
Juan David García Baca	<i>Der Ursprung der griechischen</i> <i>Philosophie.</i> (Olof Gigon.) 136
Juan David García Baca	<i>Philosophic Foundations of</i> <i>Quantum Mechanics.</i> (Hans Reichenbach.) 139
Juan David García Baca	<i>Les Principes d'une Métaphy-</i> <i>sique de la connaissance.</i> (Nicolas Hartmann.) 141
Daniel Kuri Breña	<i>Lecciones de Filosofía del De-</i> <i>recho.</i> (Rafael Preciado Her- nández.) 143
Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras.—J. H. Luna	149
Notas y noticias de América.—R. H. Valle	153
Publicaciones recibidas	169
Registro de revistas	171

LAS RAICES IDEOLOGICAS DE HIDALGO Y DE NUESTRA REVOLUCION DE INDEPENDENCIA ¹

I. Consideraciones previas

El tema de Hidalgo y de la Revolución de Independencia, ha estado siempre presente en la conciencia filosófica mexicana y merecido serias y reiteradas meditaciones.

Los arzobispos y obispos que presenciaron el ocaso de la Nueva España, tuvieron que vérselas con el tema, legándonos, en sus "exhortaciones" y "edictos", una visión de Hidalgo y de la Independencia hecha desde el mirador de la teología y la filosofía que se profesaba en aquellos días.

Nuestros liberales, ya entrada la segunda mitad del siglo pasado, importaron de Francia la filosofía positivista, la convirtieron en la doctrina oficial del Estado y forjaron, inspirados en los postulados de esa filosofía, una representación del héroe y de la Revolución de Dolores, que quedó escrita en las columnas de la *Revista Positiva*.

Y, en los últimos años, el marxismo, operando de hecho como filosofía oficial durante el sexenio del Presidente Cárdenas, forjó una imagen del Padre de la Patria y de nuestro movimiento de emancipación nacional, desde el punto de vista del materialismo dialéctico; imagen que corre impresa en algunos folletos y manuales de historia patria.

Cada una de esas representaciones se vino construyendo con la filosofía vigente en una determinada época de nuestra cultura patria, y con el material histórico de que se disponía hasta ese momento. La historia fué como la arcilla con que se edificó el cuerpo óseo de esas representa-

¹ Discurso pronunciado el 8 de mayo de 1948, en la ceremonia que organizó la Universidad Michoacana para conmemorar el aniversario del nacimiento de Hidalgo.

ciones, y la filosofía como la mano plástica que las revistió de forma y de sentido.

Lo que más llama la atención en esas representaciones, es que sus autores las hicieron movidos por una "misión de verdad", esto es, con la intención de descubrir al verdadero Hidalgo y el verdadero sentido de la Independencia. Pero parece que a pesar de esa pretensión de verdad, la conciencia filosófica no consiguió descubrir lo que se había propuesto, porque lo que una de esas filosofías vió de Miguel Hidalgo y de su Independencia, no lo vieron las otras. Parece como si no hubiera un solo Hidalgo, sino muchos, y que la Independencia no fuera tampoco una, sino múltiple.

Recientemente el tema de Hidalgo y de la Independencia se ha vuelto a imponer a la conciencia filosófica. Por una parte, nuevas investigaciones históricas emprendidas en torno a nuestro siglo XVIII y, por la otra, nuevas ideas filosóficas vigentes hoy en México, son las que han venido a replantear el tema. Es preciso, por tanto, que lo afrontemos una vez más. En esta empresa nuestra conciencia está movida por idéntica "misión de verdad", nos alienta el mismo deseo de descubrir al verdadero Hidalgo y el verdadero sentido de nuestra Independencia.

Las cuestiones, por tanto, que hemos venido a meditar este 8 de mayo, podrían enunciarse así: ¿Cómo se representaron a Hidalgo y a la Independencia los obispos y arzobispos de los últimos días de la Nueva España, los positivistas de la segunda mitad del siglo pasado y los marxistas de los últimos años? ¿Cómo nos los representamos nosotros? ¿Será nuestra representación por fin el verdadero Hidalgo y la verdadera Independencia que la conciencia filosófica ha buscado tantas veces? O ¿no será sino un Hidalgo y una Independencia más, que nuestra generación interpreta desde la perspectiva de las ideas filosóficas y del material histórico que posee, de la misma manera que las generaciones pasadas lo hicieron desde la suya?

II. La representación teológica de Hidalgo y de la Independencia

Nueve días después del "Grito de Dolores", el arzobispo de México, don Francisco Javier de Lizana y Beaumont, forjaba lo que pudiéramos llamar una representación teológica de Hidalgo y de la Independencia.

RAICES IDEOLOGICAS DE HIDALGO Y DE LA INDEPENDENCIA

En la "Exhortación" que dirige a los habitantes de su diócesis para que no ayuden a la revolución que se ha iniciado en Dolores, San Miguel el Grande y Querétaro, presenta a Hidalgo como aquel ministro de Jesucristo que "lucías antes como un astro tan brillante por tu ciencia", pero que fuiste "engañado por el espíritu maligno" y "has caído como otro Luzbel por tu soberbia".²

El Arzobispo de México acusa a Hidalgo de haber cometido el pecado de la soberbia. Esta acusación es la misma que la teología católica hace al ángel rebelde. Luzbel es la inteligencia luminosa que maquina entre los querubines y serafines la rebeldía celestial contra Dios. Es el ángel malo que con su lema: "¿Quién como Dios?", encabeza aquella rebeldía de apóstatas en el cielo. Hidalgo es el sacerdote malo que con su lema: "¡mueran los gachupines!", encabeza la rebeldía de los apóstatas en la Nueva España. La soberbia contra Dios, fué el pecado que cometió Luzbel y lo convirtió en demonio. La soberbia contra la autoridad eclesiástica, contra el Emperador y el Virrey, fué el pecado que cometió Hidalgo y lo convirtió en el demonio de Dolores.

De aquí que clame el arzobispo de Lizana en su "Exhortación": "¡Miserable! No esperes que mis ángeles (así llama la Escritura a los sacerdotes) vayan tras de tí, como aquella multitud que arrastró el ángel cabeza de los apóstatas en el cielo; todos pelearán con el propósito de la Milicia Eclesiástica, y no se volverá a oír tu nombre en este reino de Dios sino para eternos anatemas."³

Un "ministro de Satanás" que se había dejado engañar por el espíritu maligno, no podía sino engendrar una obra diabólica. Por eso el arzobispo de Lizana llama a la revolución de Independencia "furia infernal", "proyecto diabólico", insurrección de los "hijos de Satanás", y el obispo Abad y Queipo la nombra rebeldía de "sediciones diabólicas". A los ojos de estos eclesiásticos, la Independencia aparece como un vendaval del infierno que ha destruido el hermoso reino de la Nueva España, que ha roto el freno de las leyes, que ha perturbado el orden público, que ha sembrado la discordia y la anarquía, el robo y el pillaje, el asesinato y las venganzas, que ha incendiado haciendas, villas y ciudades y que "os

2, 3 y 4 Exhortación del Ilmo. Arzobispo de México, doctor don Francisco Javier de Lizana y Beaumont, a los habitantes de su diócesis, para que no ayuden a Hidalgo en la revolución. (24 de septiembre de 1810.)

llevará infaliblemente al infierno. ¡Mirad qué precursor del Anticristo se ha aparecido en nuestra América para perderos!"⁴

El demonio se había metido tan hondo en el ser de Hidalgo, que todo lo que tocaba era convertido en algo diabólico. Ni siquiera aquella imagen de la Virgen de Guadalupe que pintó en su estandarte como símbolo de la nacionalidad, pudo escapar a la mancha del demonio. Recordad que Abad y Queipo decía en su edicto de excomunión: "Es evidente que el cura de Dolores, pintando en su estandarte de sedición la imagen de Nuestra Señora y poniendo en él la referida inscripción, cometió dos sacrilegios grandísimos, insultando a la religión y a Nuestra Señora."⁵

Recordad también que un año después de haberse iniciado la Independencia, en el mes de mayo de 1811, se celebró en la Catedral de Morelia un octavario para desagrar a la Virgen de Guadalupe de los ultrajes que habían cometido los insurgentes. En el último día de aquel octavario (1º de mayo), el cura del Valle de Santiago, don Antonio Camacho, dijo en su sermón: "No, no fué la religión, ni el amor a María Santísima lo que obligó a los americanos a aclamarla de esta manera. En los primeros, a lo menos, que dieron este grito, obraron otras causas: su intento era sublevar a los pueblos, y esa invocación el medio que creyeron más a propósito para conseguirlo... ¿qué estímulo podía haber más poderoso para ponerlos en acción que invocar al intento el dulce nombre de aquella Virgen de quien habían sido en todos tiempos ciegos adoradores? Ni fué menester más: a esta sola voz: ¡Viva María Santísima de Guadalupe!, los pueblos se levantan, y repitiéndola otros como tantos ecos, la sedición, a la manera que un voraz incendio, cunde rápidamente por varias partes. ¡Infelices indios, miserables labradores, desgraciados pueblos! ¡Oh, y cómo se abusa de vuestra credulidad!"⁶

Pero ¿de dónde le había venido a Hidalgo y a la Independencia ese sentido infernal, que tanto escandalizaba a obispos y arzobispos? Las raíces ideológicas que habían engendrado ese espíritu provenían de la doctrina protestante de Alemania y de la filosofía antirreligiosa francesa. En el "Edicto" del Tribunal de la Inquisición se sostiene que las "ideas revolucionarias", las "erradas creencias" y los procedimientos de Hidalgo

5 Edicto del Ilmo. Obispo de Michoacán, don Manuel Abad y Queipo, en el que se excomulgó a los jefes de la insurgencia y a los que les siguieron. (24 de septiembre de 1810.)

6 Jesús García Gutiérrez. "Hidalgo y la Virgen de Guadalupe." "Abside", febrero de 1940, México.

son "muy iguales, así como la doctrina, a los del pérfido Lutero en Alemania".⁷ En su "Exhortación" el arzobispo de Lizana dice que Hidalgo es un emisario de Napoleón, el enemigo de la religión y de la patria. "¡Qué placer tendría el perseguidor de la Iglesia (Napoleón) si supiese que en la Nueva España un sacerdote (Hidalgo) había hecho tanto en su favor cuanto no han podido alcanzar sus emisarios!" Y en su "Edicto", el obispo Abad y Queipo afirma que el movimiento de Independencia es un "efecto de la Revolución Francesa".

Así, pues, para estos eclesiásticos, Hidalgo es concebido como un demonio, que se ha dejado tocar por las creencias del pérfido Lutero, y la Independencia como un proyecto diabólico, que se ha inspirado en el espíritu antirreligioso de la revolución francesa.

III. *La representación positivista de Hidalgo y de la Independencia*

Cincuenta y siete años después de la "Exhortación" del arzobispo de Lizana y del "Edicto" del obispo Abad y Queipo, don Gabino Barreda pronuncia en la ciudad de Guanajuato una oración cívica, en la que hace una representación positivista de Hidalgo y de la Independencia.

Hidalgo, nos dice Barreda en su oración, fué "un hombre de genio y de corazón". De genio, porque supo emancipar su inteligencia de los prejuicios teológicos y metafísicos recibidos de la sociedad colonial en donde se había educado, y aceptar las conquistas de la ciencia positiva, que lo capacitaron para "escoger el momento en que debía dar principio a la grandiosa obra que meditaba". Y de corazón, porque se decidió a "sacrificar su vida y su reputación" en favor de aquella causa que quería ver triunfante y gloriosa en un lejano porvenir. Sabía que le esperaba la derrota en el campo de batalla y la difamación en el de la opinión eclesiástica. Sin embargo, se lanzó resuelto y decidido, porque veía que con su sacrificio iba a conquistar la "redención", la "libertad" y el "engrandecimiento" de su patria.

Este hombre de genio y de corazón fué el que lanzó la chispa que había de ocasionar el incendio de la Independencia. Imposible parece

⁷ Edicto del Tribunal de la Inquisición, en el cual citó al señor Hidalgo para que compareciera a responder a los cargos que se le hacían y excomulgó a todos los insurgentes.

que después de tres siglos de pacífica dominación, "súbitamente y a la voz de un párroco oscuro y sin fortuna, ese pueblo, antes sumiso y alestargado, se hubiese levantado como movido por un resorte, y sin organización y sin armas, sin vestidos y sin recursos, se hubiese puesto frente a frente de un ejército valiente y disciplinado, arrancándole la victoria sin más táctica que la de presentar su pecho desnudo al plomo y al acero de sus terribles adversarios, que la víspera lo dominaban con sólo la mirada".

¿Cómo se explica este acontecimiento al parecer imposible? La Independencia no fué un "romance fabuloso", un "milagro" realizado por el "capricho de influencias providenciales", un "conjunto de hechos incoherentes y estrambóticos; si hubiera sido esto, sería inexplicable conforme a los "preceptos de la verdadera ciencia filosófica". La Independencia fué un "hecho histórico", preparado de antemano, lenta y sordamente, por un concurso de influencias reales y poderosas. ¿Cuáles fueron esas influencias? "Todas ellas pueden reducirse a una sola —pero formidable y decisiva—, la *emancipación mental*, caracterizada por la gradual decadencia de las doctrinas antiguas y su progresiva sustitución por las modernas; decadencia y sustitución que, marchando sin cesar y de continuo, acaban por producir una completa transformación antes de que hayan podido siquiera notarse sus avances."

En la época en que España se apoderó de esta región del continente de Colón, había comenzado a realizarse en Europa ese fenómeno de *emancipación mental*. En los dominios de la *ciencia*, el fenómeno había empezado a manifestarse con la *hipótesis de Galileo* sobre el movimiento de la tierra, que la Iglesia declaró herética e inadmisible basándose en un pasaje revelado; pero que había sido ya universalmente admitida por las clases cultas de Europa, lo que indica el grado de emancipación científica a que había llegado la mentalidad europea en los días de Galileo. En el campo de la *religión*, el fenómeno había comenzado a expresarse con el *cisma protestante*, que levantó la bandera del libre examen, que proclamó la supremacía de la razón sobre la autoridad y que rompió la unidad de la Iglesia, dividiendo la Europa en dos partes irreconciliables. Y en el orden de la *política*, el fenómeno se había empezado a producir en la propia España, con las luchas de emancipación contra los moros que durante siete siglos la habían dominado. En aquellas luchas, España formuló el dogma político de la *soberanía nacional* y experimentó en su

propia carne la necesidad de la libertad y se dió cuenta de la suerte que espera a todo régimen de dominación y de tiranía. Este dogma político lo habían de formular más tarde, de manera explícita y precisa, las guerras de independencia de Holanda y de Estados Unidos y la Revolución Francesa.

Pero al conquistar y colonizar nuestros pueblos, España no tomó en cuenta este proceso de emancipación científica, religiosa y política generalizado en Europa, sino que acometió la empresa de evitarlo en la nueva sociedad que iba a organizar, estableciendo un régimen teocrático en el que todo estaba perfectamente combinado para prolongar sin término una dominación y una explotación continuas. La educación, las creencias religiosas, la política y la administración convergían hacia ese mismo fin. Un clero secular y regular, armado con los "rayos del cielo" y las "penas de la tierra" y ligado al régimen por el "cebo de cuantiosos intereses" y "privilegios de suma importancia", estaba enteramente consagrado al servicio y vigilancia de la Metrópoli, cuidando de que no penetrara de fuera ni germinara dentro ninguna de aquellas ideas de emancipación mental.

Mas España no pudo consumir su titánica empresa. Le fué imposible cerrar todas las avenidas de la Nueva España y evitar la entrada de aquellos gérmenes de renovación que estaban en plena efervescencia en el Viejo Mundo. Ya desde el momento mismo de iniciar la empresa, los propios *conquistadores*, impregnados de ellos, los inoculan, aun a su pesar, en la nueva población que iba a resultar de la mezcla de ambas razas. El *clero católico*, semejante al "Cerberos de la fábula", se dejó adormecer por el encanto de las nuevas ideas y les permitió la entrada al recinto vedado en vez de ahuyentarlas. Y la *continua relación* en que tenía que estar la Nueva España con la Metrópoli, permitió a los hombres de estas tierras percibir el fuego de emancipación que ardía por todas partes.

Tres fueron, pues, según Barreda, los factores que produjeron nuestro movimiento de Independencia: la *emancipación científica*, que arranca de la hipótesis de Galileo sobre el movimiento de la tierra y desarrolla el espíritu de demostración sobre el espíritu de autoridad; la *emancipación religiosa*, que parte del cisma protestante y desarrolla el libre examen y el principio de la razón sobre el espíritu de revelación; y la *emancipación política*, que se inicia en la propia España con la expulsión de los moros, que postula el dogma de la "soberanía nacional" y reconoce la necesidad

de libertad frente a todo régimen de opresión, de dominación y de tiranía, postulado que después formulan expresamente las revoluciones de Estados Unidos y de Francia.

Estos tres factores, que hicieron su entrada en germen desde el momento mismo de la conquista y de la colonización, fueron el *primer paso* de nuestra emancipación mental. Dado éste, lo demás debía efectuarse por sí solo. Ellos, progresando y creciendo después como un "débil niño", fueron acrecentando sus fuerzas y entrando en combate con las supersticiones y prejuicios de aquel régimen teológico que duró trescientos años en nuestras tierras, hasta producir al fin nuestra revolución de Independencia. Con la independencia, los mexicanos rompimos la muralla teológica con que España había querido vedarnos aquel proceso de emancipación mental producido en el Viejo Mundo y, al romperla, nos incorporamos al mundo de la ciencia, de la razón, de la soberanía popular y de la libertad.⁸

IV. *La representación marxista de Hidalgo y de la Independencia*

Hace apenas un lustro, el 8 de mayo de 1943, uno de los ideólogos más prominentes del marxismo criollo, Vicente Lombardo Toledano, pronunció en esta tribuna un discurso que será siempre un excelente documento para constatar la manera cómo la filosofía marxista se representó al padre Hidalgo y nuestra revolución de Independencia. Aunque todavía el eco de aquel discurso no se ha extinguido, juzgo conveniente recordar sus ideas fundamentales, porque ello se hace necesario para ilustrar las conclusiones que me propongo obtener.⁹

Miguel Hidalgo y Costilla, decía Lombardo, es el "primer intelectual pleno de México y de América": Es el "símbolo" y el "arquetipo" de un intelectual de verdad. "En él se dan estas dos condiciones: teoría, doctrina lúcida, bien adquirida, bien definida, bien promulgada, bien ex-

⁸ Gabino Barreda. Oración cívica pronunciada en Guanajuato el 16 de septiembre de 1867.

⁹ Vicente Lombardo Toledano. "La Actualidad Militante de la Obra y de los Ideales del Padre Hidalgo." San Nicolás de Hidalgo, Extensión Universitaria, 1943.

RAICES IDEOLOGICAS DE HIDALGO Y DE LA INDEPENDENCIA

presada; y realización del pensamiento: la vida entera entregada a una causa suprema que siempre es causa impersonal e histórica.”

La patria mexicana nace bajo la inspiración de este “intelectual preclaro”, que “había sentido en su corazón las miserias del pueblo”. El es el primer “intelectual de verdad” en nuestro país, porque es el primer “revolucionario de verdad” en México. La gloria, el galardón de la Universidad de San Nicolás de Hidalgo, está en “haber tenido el rector más ilustre de América”, en “haber tenido el intelectual más preclaro de México”.

Todavía hoy seguimos viviendo “bajo el signo de Miguel Hidalgo y Costilla; seguimos viviendo bajo el signo de los principios de libertad que armaron su brazo como resultado de haber armado previamente su conciencia de hombre superior”.

Y la Independencia, ¿cómo se explica? La revolución de Independencia, decía Lombardo, no fué un “hecho insólito en América; no fué, tampoco, un acontecimiento desvinculado de las ideas del mundo”. Fué, “desde el punto de vista ideológico, político, una parte de la gran revolución democrático-burguesa del mundo entero.”

Esta revolución democrático-burguesa tuvo sus principios filosófico-políticos, que fueron principalmente los siguientes: “Primacía de la razón como instrumento del conocimiento. No aceptación del dogma ni del principio de la verdad revelada como base del saber y del vivir.”

Estos principios filosófico-políticos, aplicados libremente al terreno de las relaciones sociales entre los hombres, produjeron el “libre albedrío, como fuente del derecho, y luego toda aquella proeza brillante del Contrato Social; y más tarde, en las leyes, el derecho positivo, las libertades y garantías individuales que después se llamarían los *derechos del hombre*”.

La revolución democrático-burguesa, inspirada en estos principios filosófico-políticos, liquidó una “gran etapa histórica e inició otra nueva: reemplazo del monopolio medieval por el libre mercado, ruptura de los estancos, del control por parte del Estado de la producción y de la venta. La libertad de comprar y de vender, que era esencialmente la necesidad ingente para los pueblos europeos, produjo de una manera inevitable y lógica la libertad en todos los aspectos de la conducta de los hombres: libertad para transitar libremente de una región a otra, de un país a otro y en el seno mismo de cada país. Libertad para pensar, libertad de ex-

presar el pensamiento, libertad de conciencia, libertad de creer o de no creer”.

Pero la revolución de independencia en América, que en el terreno del pensamiento fué una parte de la revolución democrático-burguesa universal, no produjo aquí el cambio que se operó en Europa. “Sólo se cumplió la revolución de independencia en América desde el punto de vista continental, internacional. Es decir, gracias a ella hubo libertad de comercio para todos los pueblos, para todos los países americanos; hubo relaciones de hemisferio a hemisferio, del continente a los otros continentes; pero en el interior, en el seno de cada país americano, la revolución no se realizó, la revolución democrático-burguesa no se cumplió, porque quienes la acaudillaron fueron nada menos que los criollos, los hijos de los españoles esclavistas, y la Iglesia católica.”

De todos los movimientos de independencia realizados en América Latina, el de México fué una excepción. Nuestra revolución de Independencia proclamó los mismos principios que la revolución democrático-burguesa de Europa, pero tuvo un programa mucho más avanzado que ella, porque estableció la “libertad interior”, la “emancipación de España”, no sólo “desde el punto de vista jurídico, sino desde el punto de vista doméstico”, los “derechos del hombre” y los “principios de la justicia social que no se postularon en Europa y que fueron totalmente ignorados en la América Latina: la entrega de la tierra a los campesinos y aun el principio definido de que era menester incorporar en las transacciones mercantiles del país los bienes de *manos muertas*”.

Este programa de justicia social sitúa nuestra revolución de Independencia en el primer plano de los movimientos de independencia realizados en América Latina, y la coloca en un sitio de honor dentro del gran escenario del mundo que rompía con el régimen feudal.

En nuestra revolución de Independencia están contenidos ya todos los ideales históricos de nuestra patria, que después, andando el tiempo, han de constituir los “programas específicos” del movimiento de Reforma presidido por Juárez y del movimiento popular de 1910 iniciado por Madero.

V. *Un error de perspectiva histórica*

Si se medita sobre estas representaciones que la conciencia filosófica ha hecho de Hidalgo y de nuestro movimiento de independencia, se advertirá que todas, a pesar de sus diferencias radicales, coinciden en dos puntos importantes. En primer término, las tres reconocen que Hidalgo no era un simple "curita de misa y olla", sino un intelectual de seria formación humanística y filosófica. Para el Arzobispo de México, es el hombre que brillaba por su ciencia; para Barreda, es el emancipado mental por su saber científico; y para Lombardo, es el prototipo del intelectual. En segundo término, las tres representaciones están de acuerdo en explicar la revolución de Independencia por la influencia de factores ideológicos. Estos son, para obispos y arzobispos, las creencias del protestantismo alemán y las ideas revolucionarias de Francia; para Barreda, el proceso de emancipación mental que se inicia en Europa con la hipótesis de Galileo, con el cisma de Lutero y con el dogma político de la soberanía popular, que explícitamente formulan las revoluciones de Estados Unidos y de Francia; y para Lombardo, los principios filosófico-políticos de la revolución democrático-burguesa iniciada en Europa. Las tres representaciones, como se ve, colocan las raíces ideológicas de Hidalgo y de la Independencia en el escenario de la cultura europea, es decir, fuera del ámbito intelectual de la Nueva España.

Pensamos que estas representaciones adolecen de un error de perspectiva histórica. Es cierto que el archivo de la Inquisición abunda en denuncias por leer a Lutero y Calvino, a Rousseau, Voltaire y Montesquieu, a Bacon, Galileo y Kepler, y por distribuir pasquines y propaganda relativa a las revoluciones de Estados Unidos y de Francia, lo que indica la propagación del protestantismo, del enciclopedismo, de las ideas de independencia de Estados Unidos, de las ideas revolucionarias francesas y de la ciencia moderna en el seno de la Nueva España. Pero estas corrientes de ideas no fueron las que directamente despertaron la conciencia y el sentimiento de la mexicanidad. Ni la Alemania protestante, ni la Francia enciclopedista, ni la Europa científica, ni la independencia de Norteamérica, ni la Revolución Francesa, son la tierra donde hunde directamente sus raíces ideológicas la formación intelectual de Hidalgo y las que dan sentido a nuestro movimiento de independencia.

Cuando llegaron a México las primeras noticias de las revoluciones de Estados Unidos y de Francia, ya hacía tiempo que en la Nueva España se había comenzado a producir un serio y vigoroso movimiento de renovación cultural, en el que las ideas de autonomía nacional, de libertad política y de igualdad de derechos para todos los hombres, eran lugares comunes entre los mexicanos ilustrados de la segunda mitad del siglo XVIII.

Lo que hacen las ideas de las revoluciones de Norteamérica y de Francia, es seguir el ancho cauce de la conciencia nacional y del anhelo de libertad que nosotros mismos habíamos comenzado a forjar con nuestra renovación cultural del XVIII. Los ejemplos de Estados Unidos y de Francia, no producen nuestro movimiento de independencia, simplemente lo acompañan, suman sus inquietudes, lo estimulan en sus ansias, lo apuran, lo jalonan y colaboran con él hasta el día en que ha de estallar en Dolores. Afirmar lo contrario, como hasta hoy se ha venido haciendo, es desestimar nuestras propias potencias históricas, es desvalorizar nuestra propia riqueza de ideales autóctonos, es desconocer nuestra realidad cultural del siglo XVIII, es dar a nuestra revolución de independencia padres espurios cuando existen los legítimos.

VI. *La cultura autóctona de nuestro siglo XVIII*

Para nosotros las raíces ideológicas de Hidalgo y de nuestro movimiento de independencia, no están en Europa ni en Norteamérica, sino en la tierra fecunda de nuestro propio siglo XVIII, que fué la centuria de "mayor esplendor intelectual autóctono que ha tenido México".¹⁰ A diferencia de los siglos XVI y XVII, en que la vida intelectual era dirigida por europeos, en este siglo XVIII el timón de nuestra cultura está en manos de hombres nacidos en tierras mexicanas. El XVIII es nuestro "siglo de oro", nuestra "edad de oro". En su seno la filosofía, las ciencias matemáticas y físicas, la jurisprudencia y la medicina, la astronomía y la geografía, la historia y la literatura, la filología y el periodismo, la economía y la política, las humanidades y aun la teología alcanzan un auge extraordinario que no llegaron a tener antes.

¹⁰ Pedro Henriquez Ureña. "Índice Bibliográfico de la Epoca." *Antología del Centenario*. Vol. segundo. México, 1910.

RAICES IDEOLOGICAS DE HIDALGO Y DE LA INDEPENDENCIA

El factor principal que ocasionó este florecimiento cultural fué la *modernidad*, es decir, el conjunto de ideas y de orientaciones modernas que llegaban de la Europa de Bacon, Descartes, Newton, Leibniz, Malebranche, Copérnico, Kepler, Gassend, Spinoza y Wolff; y las que también llegaban procedentes de aquella *élite* de vanguardia que en España representaban Tosca, Losada y Feijóo.

La llegada de estas ideas y orientaciones, provoca en el seno de la Nueva España un movimiento de renovación cultural que, inspirándose en la asimilación de los valores más altos de la cultura universal y en los de nuestras *culturas indígenas*, produce una cultura de matices propios. Este tipo de cultura autóctona, se anuncia ya en don Carlos de Sigüenza y Góngora y en Sor Juana Inés de la Cruz, y alcanza su más alto esplendor en la segunda mitad del XVIII.

Dos generaciones de intelectuales, una de maestros y otra de discípulos, son los protagonistas de esta cultura que da la tónica a nuestra "edad de oro". Los maestros son los jesuitas José Rafael Campoy, Francisco Xavier Clavijero, Francisco Xavier Alegre, Andrés Cavo, Andrés de Guevara y Basoazábal, Pedro José Márquez, Manuel Fabri, Juan Luis Maneiro, Diego José Abad y Agustín Castro, para no mencionar sino a los principales. Los discípulos son Juan Benito Díaz de Gamarra y Dávalos, Ignacio Bartolache, José Antonio Alzate y Miguel Hidalgo y Costilla, también para no citar sino a los más importantes.

Cuatro grandes rasgos caracterizan esta cultura autóctona de nuestro siglo de oro. El primero es su *orientación hacia los valores de la cultura universal*. Es una cultura basada en el dominio del griego y del latín, del italiano, del francés y del más pulcro español. Es una cultura movida por la curiosidad hacia las grandes tradiciones de la cultura occidental y también hacia las innovaciones culturales más recientes que germinan en Europa. Todo lo más valioso y excelso de la cultura humana está bien asimilado en las producciones y obras de este siglo mexicano: la cultura de la Hélade prehomérica y la de la Grecia de Sócrates, Platón y Aristóteles; la cultura del helenismo de Alejandría y la de Cicerón, Horacio, Augusto y Lucrecio; la cultura de las catacumbas, la de la Roma de Pedro y la de la Edad Media; la cultura del Renacimiento y la de Descartes, Bacon, Galileo, Kepler, Newton, Gassend, Leibniz y Wolff.

El segundo rasgo es la *exaltación de la mexicanidad*. Es una cultura inspirada en el orgullo nacional, en el amor a la patria. Es una cultura que

se edifica para demostrar que la vida de la Nueva España no es inferior a la de la Metrópoli española, ni a la de ninguna metrópoli europea, y para hacer notar que el hombre "americano" no es inferior en capacidades al hombre "español", ni al hombre "europeo". El medio para lograr esto, es enseñar a los europeos los grandes valores culturales y naturales que posee nuestra vida autóctona. Todo lo indígena es estudiado e investigado con este fin. Se habla en los libros y en los periódicos de este siglo, del "magnífico carácter" de los antiguos mexicanos, de la educación que daban a sus hijos, de sus costumbres domésticas y civiles, de sus adelantos en la oratoria, en la poesía, en el teatro, en la escultura y en las demás artes bellas; se hace la etopeya del último de los emperadores aztecas, y se relata la vida y pasión heroica de Cuauhtémoc; se condena con energía la codicia e "inhumanidad" de Cortés; se trata de disculpar los "sacrificios humanos", recordando que esa costumbre religiosa no fué extraña a los pueblos más civilizados de la antigüedad; se lamenta la irreparable destrucción de códices y monumentos que daban testimonio de nuestros pueblos autóctonos; se dan a conocer los antiguos monumentos de la arquitectura mexicana, y se explica el origen azteca del chocolate y la jicara; se escribe sobre las bellezas de los campos, lagos y montes mexicanos, y se describen las "chinampas de Xochimilco", nuestras diversiones del "palo encebado" y las "peleas de gallos". Así se va preparando el sentimiento nacional y despertando la conciencia de la mexicanidad, como un sentimiento y una conciencia propios. Así se va generalizando entre los habitantes de la Nueva España, la idea de "nación" y de "patria" frente a España y frente a Europa.¹¹

Los hombres que presiden esta cultura, los que la están forjando con sus lecciones y escritos, son ya los primeros mexicanos y patriotas conscientes que están abriendo la brecha que ha de conducir a la independencia de México. Todos ellos han nacido en tierras mexicanas y se sienten como formando una patria propia frente a españoles e indígenas. Hablan de los españoles "como quien habla de extranjeros". Hablan de los indios como si se tratara de personajes exóticos. "No son españoles; no son aztecas: ¿qué son, entonces, y cuál es su patria? Son, y quieren ser, mexicanos: nada más y nada menos."¹² México es la patria que está gestándose ante su mirada. Por eso "abogan por el mestizaje entre

¹¹ y ¹² Gabriel Méndez Plancarte. "Introducción" a los *Humanistas del siglo XVIII*. Vol. 24 de la Biblioteca del Estudiante Universitario, 1941

RAICES IDEOLÓGICAS DE HIDALGO Y DE LA INDEPENDENCIA

españoles e indígenas, como medio de lograr la fusión no sólo física sino espiritual de ambas razas y de forjar una sola nación". Por eso defienden a los indios de las encomiendas y les conceden iguales derechos que a los blancos. Por eso condenan como "injustísimo" el infame comercio de los esclavos negros. Por eso llegan hasta proclamar que no hay gobierno legítimo, sino cuando se basa en el consentimiento popular.

El tercer rasgo es el *humanismo*. Pero el humanismo que caracteriza a esta cultura autóctona de nuestro siglo XVIII, no es un humanismo que se refiere solamente al estudio de las *humanidades* griegas y latinas, sino un humanismo en sentido más amplio y profundo, entendido como *preocupación por perfeccionar lo "humano"*, *preocupación por realizar un tipo superior de hombre*. Es una cultura que, mediante el dominio de las lenguas clásicas y el de las lenguas indígenas, aspira a una síntesis de la cultura universal y de la cultura autóctona, con el fin de realizar en estas tierras un *tipo superior de hombre*, un *tipo superior de ciudadano*. Es una cultura que, apoyada en los valores del pensamiento universal y en los valores del pensamiento indígena, trata de buscar un tipo superior de hombre con que renovar la *humanidad* decadente de la Nueva España, con que reemplazar la *humanidad* imperfecta de la colonia.

El cuarto rasgo es el *drama intelectual* en que se debaten los protagonistas de esa cultura: entre "fe" y "razón", "religión" y "ciencia", "autoridad" y "libre examen", "catolicidad" y "modernidad", filosofía escolástica y filosofía moderna. En medio de este drama vive la inteligencia de las dos generaciones de pensadores que hemos mencionado, la de los maestros y la de los discípulos. Unos y otros navegan en medio de esa antítesis y tratan de superarla. Ambas generaciones advierten que la tradición colonial empieza a descomponerse y que las ideas y orientaciones modernas hacen cada vez mayores progresos en la Nueva España. No pueden desconocer la tradición colonial en la que fueron educados; tampoco pueden renunciar a lo nuevo que trae consigo la ciencia moderna. ¿Qué actitud asumir entonces ante el conflicto? ¿cómo salvar aquella situación histórica? No había sino dos caminos que seguir.

VII. *Eclécticos y revolucionarios*

El primero lo eligió la generación de los jesuitas, es decir, la generación de los maestros. Consistió en buscar una conciliación entre "catolici-

dad" y "modernidad", un entendimiento entre el pasado y el presente. La manera como lograron esto fué creando el *eclecticismo*. Casi todos ellos son eclécticos. Ahí están sus cursos de filosofía y sus escritos en donde se puede comprobar esta actitud. El eclecticismo fué el puente que unió lo viejo con lo nuevo, fué la maroma tendida entre el extremo de la tradición colonial y el extremo de la modernidad. Los maestros fueron muy precavidos, muy cautos, no se comprometieron demasiado. Cuando la catolicidad les preguntó con quién estaban, contestaron: ¡estamos contigo!; cuando la modernidad les pidió que se definieran, respondieron: ¡aceptamos tus progresos científicos! Los jesuitas resolvieron cómodamente ese drama de la inteligencia, lo resolvieron equilibrándose como funámbulos en esa cuerda que ellos mismos tendieron entre religión y ciencia, fe y razón, que fué la doctrina ecléctica.

El segundo camino fué el que eligieron los discípulos. Ellos fueron más allá que sus maestros. Su actitud fué más radical, consistió en romper con la tradición colonial y en abrir las puertas de la Nueva España a las inquietudes de la modernidad. En lugar del cómodo eclecticismo, prefirieron la senda peligrosa de la *revolución*.

Juan Benito Díaz de Gamarra y Dávalos, hace la revolución en el mundo de la filosofía. Aunque él mismo se hace pasar por un ecléctico, asume, sin embargo, una actitud revolucionaria. En 1770 regresa de Europa, en donde conoció directamente las doctrinas modernas. Influidó por ellas, se consagra a reformar la enseñanza de la filosofía en el Colegio de San Miguel, publicando cuatro años después sus *Elementos de Filosofía Moderna*, que representan una verdadera revolución en el mundo de la filosofía. La obra fué aprobada como texto en la Real y Pontificia Universidad de México por dictamen unánime de todos sus catedráticos, que eran en su mayoría personas enteradas de los progresos de la ciencia moderna. Pero también suscitó una violenta oposición de los escolásticos, que vieron en aquella obra de Gamarra una amenaza a la ortodoxia católica, lo que pone de manifiesto el espíritu revolucionario que animaba las páginas de aquellos *Elementos de Filosofía Moderna*.¹³

Ignacio Bartolache y Antonio Alzate, hacen la revolución en el terreno de la ciencia. Fundan dos de los periódicos más importantes del siglo XVIII: el "Mercurio Volante" y la "Gaceta de Literatura". Estas pu-

13 Véase Victoria Junco Posadas, *Algunas aportaciones al estudio de Gamarra o el eclecticismo en México*, 1944.

RAICES IDEOLÓGICAS DE HIDALGO Y DE LA INDEPENDENCIA

blicaciones, modelo del periodismo científico, son dos formidables máquinas de guerra contra el pasado colonial, a la vez que dos grandes válvulas de difusión de la ciencia moderna. Sus autores tienen fe en que la ciencia convertirá a México en un país próspero y lo colocará a la altura de las naciones más civilizadas de Europa, por eso se empeñan en divulgar los conocimientos científicos y la ciencia aplicada entre la gran población de la Nueva España.¹⁴

VIII. La revolución teológica

Miguel Hidalgo y Costilla, compañero de inquietudes de los anteriores, emprende la revolución, primero, en el campo de la teología, y, después, en el de la política y de la sociedad. En 1784, cuando tenía 31 años, inicia su revolución teológica. Redacta en latín y en castellano aquella célebre *Disertación sobre el verdadero método de estudiar Teología Escolástica*, que el Deán de la Catedral de Valladolid, doctor Joseph Pérez Calama, premiara con doce medallas de plata.

Al comienzo de su *Disertación*, citando a Tulio y a Graveson, dice Hidalgo: "Es una perversa obstinación . . . mantenerse con bellotas después de descubiertas las frutas. ¿Y qué otra cosa es . . . estarse los teólogos entretenidos en la discusión de unas cuestiones secas, inútiles y que jamás pueden saciar el entendimiento, sino comer bellotas, después de descubiertas unas frutas tan deliciosas como las que se nos han franqueado del siglo pasado a esta parte? Son muchos los hombres doctos que han enriquecido el reino literario en estos últimos tiempos. No ha habido edad en que pudieran subir los hombres al templo de la sabiduría con tanta facilidad como en la nuestra."¹⁵

Luego, en el primer capítulo de su *Disertación*, Hidalgo rechaza la teología escolástica medieval en lo que se refiere a su contenido filosófico aristotélico, así como también la doctrina de "las formas substanciales y accidentales" de la filosofía aristotélico-tomista. "Si el Ilmo. Melchor Cano, si el cardenal Aguirre, si Gothi, Petavio, Serry, Graveson, Berti, Habbert, Tournelli, Salmerón, Natal Argonense y otros muchos, todos teólogos de primer orden, nos persuaden que la teología que comúnmente se llama escolástica es inútil, ¿por qué no les hemos de dar asenso?"

14 Samuel Ramos. *Historia de la Filosofía en México*.

Si nos dicen que es una senda totalmente extraviada la que siguen los puramente escolásticos, ¿por qué hemos de ir nosotros por donde van y no por donde se ha de ir?"¹⁵

Y en el tercer capítulo de su *Disertación*, Hidalgo emprende una aguda crítica a la obra del dominico francés Juan Bautista Gonet, *Clypeus Theologiae Thomisticae*, que era el texto oficial entonces en el Colegio de San Nicolás, proponiendo que se le sustituya por uno más moderno. "Apenas acabamos el curso de Artes cuando nos hallamos con el Gonet en la mano, y se nos persuade que no hay más Teología que la que está contenida en sus 5 tomos." Pero he aquí que la obra adolece de muchos defectos, como son: la "suma prolijidad con que trata las cuestiones"; introducción de "tanta forma escolástica"; presencia de "muchas cuestiones filosóficas inútiles"; "falta de Historia"; errores "contra la verdad histórica"; "falta de crítica"; y apoyo de pruebas en "obras apócrifas". "¿Y no es defecto que de los 5 tomos, apenas se pueda componer uno de substancia? ¿Y no es lástima que hayamos de andar por países tan espinosos para coger uno u otro fruto, cuando podíamos tomarlos a manos llenas por otros sembrados de flores?"¹⁷

Toda la *Disertación* de Hidalgo encierra una verdadera revolución en el campo de la teología oficial de la Nueva España. ¡Hay que pensar que la teología era la zona más peligrosa de la cultura en aquella sociedad colonial! Leyéndola, como dice Méndez Plancarte, se sienten soplar "vientos de fronda que pugnan por barrer toda niebla de rutina". Advertimos que en su autor "vibra un alma belicosa y ardiente, dueña de sí misma y dispuesta a romper lanzas en defensa de sus ideales".¹⁸ Se anuncia ya, "en el soplo viril de libertad intelectual que inspiraba la *Disertación* del joven catedrático de San Nicolás", el gran "viento tempestuoso" de la Independencia que veintiséis años más tarde habrá de soplar en el pueblo de Dolores.

IX. Hacia la revolución social

Pero las ideas que Hidalgo respira en la atmósfera cultural de aquella "edad de oro", no sólo habían de servirle para promover una revolu-

15, 16 y 17 Miguel Hidalgo y Costilla. *Disertación sobre el verdadero método de estudiar Teología Escolástica*. Edición de la revista "Abside". Número correspondiente al mes de septiembre de 1940.

18 Gabriel Méndez Plancarte. *Hidalgo reformador intelectual*. Ediciones "Letras de México", 1945.

RAICES IDEOLOGICAS DE HIDALGO Y DE LA INDEPENDENCIA

ción en los métodos y enseñanza de la teología, sino también para introducir una reforma radical en la vida económica y política de la Nueva España.

En efecto, Hidalgo supo ver en aquel conjunto de ideas aprendidas en su siglo, la base de una renovación de la agricultura, de la industria y de la vida política. Por eso hace de su curato de Dolores un foco de difusión y experimentación de esas ideas.

El conocimiento que poseía del tarasco y del otomí le permitió derramar esas ideas, sobre todo las que podían ser objeto de una aplicación práctica, en las grandes masas de indígenas. Por las noches, dicen sus biógrafos, daba lecciones orales a sus feligreses sobre la cría del gusano de seda, el cuidado de las colmenas, la siembra del lino y de viñedos, la fabricación de vinos y el tejido de telas de lana, la curtiduría de pieles y la talabartería, la alfarería y la fabricación de loza. Y no conforme con esto, al día siguiente les enseñaba personalmente la aplicación de esos conocimientos teóricos. Le preocupaba tanto la aplicación de ellos al desarrollo de esas industrias, que pasaba en su curato horas enteras estudiando y haciendo experimentos para perfeccionar la calidad del vino, para enriquecer la variedad de colores de la seda o para inventar nuevos estilos de loza.

Al mismo tiempo que les transmitía estas ideas y les enseñaba su aplicación a la industria, iba formando en sus feligreses la conciencia de la nacionalidad y despertando en ellos el sentimiento de la independencia y de la libertad política. La idea de independencia que Hidalgo trataba de forjar en aquellos "alfareros", escribe Justo Sierra, tenía un "sello superior, eminentemente social, pues equivalía a la emancipación del indio, declarándolo mayor de edad y abriéndole en el trabajo industrial, no ejercido por tolerancia, sino por derecho, el camino de la libertad".¹⁹

He aquí la forma como Hidalgo solía imbuir en la cabeza y en el corazón de aquellos alfareros las ideas de independencia y de libertad: no conviene, les decía en tono casi familiar, "que siendo mexicanos dueños de un país tan hermoso y rico, continuemos por más tiempo bajo el gobierno de los gachupines: éstos nos extorsionan, nos tienen bajo su yugo, que ya no es posible soportar por más tiempo; nos tratan como si fuéramos sus esclavos; no somos dueños ni aun de hablar con libertad,

¹⁹ Justo Sierra. *Evolución política del pueblo mexicano*. La Casa de España en México, 1940.

no disfrutamos de los frutos de nuestro suelo, porque ellos son los dueños de todo; pagamos tributo para vivir en lo que es de nosotros, y porque ustedes los casados vivan con sus esposas... Estamos bajo la más tiránica opresión... Tú eres joven, estás ya casado, luego tendrás hijos... ¿Y no te parece que ellos gocen de la libertad que tú les diste, haciéndolos independientes, y que gocen con satisfacción de los frutos de la madre patria?... Pues bien, se trata de quitarnos este yugo haciéndonos independientes; quitamos al virrey, le negamos la obediencia al Rey de España y seremos libres; pero para esto, es necesario que nos unamos todos y nos prestemos con toda voluntad; hemos de tomar las armas para correr a los gachupines y no consentir en nuestro suelo a ningún extranjero”.

Así era como Hidalgo iba haciendo que aquellas ideas de su siglo penetraran en las capas humildes de la sociedad de la Nueva España, y fueran aproximando aquel memorable amanecer del 16 de septiembre de 1810. El gran mérito de Hidalgo consistió en hacer que las grandes ideas de aquella centuria de oro mexicana, que habían alumbrado las grandes inteligencias de Campoy, Castro, Alegre, Clavijero, Guevara, Basoazábal, Gamarra, Alzate y Bartolache, descendieran para iluminar la vida de los jornaleros de Dolores, de San Miguel el Grande y de Querétaro. Así como el sol en su ascenso comienza por reflejar sus rayos primero en las cuspides de las montañas para después alumbrar las llanuras y los lagos, así las ideas de nuestro siglo XVIII empezaron por alumbrar primero los cerebros de aquellos doctores, para después lanzar sus fulgores en el corazón de nuestros campesinos. El mensajero que hizo descender esas ideas del solio doctoral a la campiña del humilde jornalero, fué aquel catedrático de San Nicolás, gran teólogo y gran filósofo, a quien sus compañeros de estudio apodaron “el Zorro”.

JUAN HERNÁNDEZ LUNA